

En el cubo de la escalera

Amy presintió la muerte cuando su pantufla se atoró en la arruga de la alfombra. En ese momento tuvo también la certeza de que el caos regía en el universo. Afuera, el cielo clareaba. Eran las 5:30 de la mañana. Había dormido profundamente, había soñado, pero no recordaba el origen de su angustia. Las voces de los niños sin nacer guardaban silencio. Niuniu la había despertado antes que su despertador, se había metido en la cama con ella, entre sus brazos, como un bebé. Soñé plumas, pensó Amy. Había cenizas y fuego. Su pie aplanó la arruga del tapete. La presencia de su abuelo estaba cercana, guardaba silencio. Amy se frotó los ojos frente al espejo hasta que desapareció. Las plumas y las cenizas también se disiparon. Su cama seguía con la mitad deshecha, la otra mitad sin tocar.

*

Mientras se bañó, la sensación de seda burda volvió a sus manos. Ahora volvía más seguido. En su memoria,

el vestido colgaba de un maniquí sin cabeza. Amy no sabía por qué, pero en su mente también corría el recuerdo de un río amarillo, el agua bordeando la tierra roja. La regadera olía a jazmín. La seda pesaba sobre su cuerpo, algo que la habitaba como un agujero de polilla en la memoria.

Su abuelo le había dicho que la buena fortuna era algo tan ligero como una pluma, una pluma de fénix. Dibujaba al pájaro con las manos en el aire frente a él. Nadie sabe levantar una pluma del suelo, decía. Pero en cambio, la mala fortuna pesa más que una montaña y todos debemos cargarla. El río amarillo se arrastraba, rebalsando su cauce. Su abuelo amasaba manojos de té cocido sobre un cesto de mimbre. Amy apenas lo recordaba. Cerró el agua y se secó.

*

A las 6:45 de la mañana, el cielo seguía azul. Contrastaba con las hojas de otoño. El viento no alcanzaba a arrancar el follaje aún. El sol era una bola perfecta en el horizonte. El Hudson fluía hacia el mar.

*

Del otro lado de la ciudad, en la sala de espera del aeropuerto, la gente llegaba. Era la hora en que las bocinas llamaban a los últimos pasajeros que se

apresuraron hacia la puerta de embarque. Se formaron filas frente al mostrador, los pasaportes abiertos. La cabina del avión olía a limpio, las revistas de la aerolínea y las bolsas de mareo estaban en sus sitios. La realidad seguía ordenada a pesar del caos subyacente.

Las azafatas acomodaron las maletas en los compartimentos superiores. Repitieron sus gestos frente a cada pasajero. Nadie prestó demasiada atención a las indicaciones, pues era temprano y estaban desvelados. Las máscaras de oxígeno sobre la nariz y la boca, las salidas de emergencia cercana, la cabeza entre las piernas, los chalecos salvavidas. El viaje sería corto. Los cinturones de seguridad rodearon los muslos, los sonidos metálicos se volvieron definitivos en las hebillas. Los monitores registraron las primeras señales de la torre de control. El piloto esperó la luz verde antes de iniciar los motores. Las llantas aguardaban detenidas sobre la pista.

*

Amy inhaló el aroma a té en la cocina. El perfume insinuaba secretos. Las cenizas caían en su memoria. Después de migrar, su abuela había revivido recetas. La mermelada agridulce, por ejemplo. La olla hervía entre recuerdos, en Waco y en el pueblo del fénix. Niuniu ronroneaba junto a los pies de Amy. Se mezclaban el pasado con esto, en las ollas. El sol replicaba

los marcos de las ventanas con sombras sobre el mosaico de la cocina. Ahora la luz aparecía entre los bosques de arces a orillas del Hudson. Ya es otoño, pensó Amy. La percepción de la realidad cambiaba. Las voces sin nacer seguían silenciosas.

Cuando salió de su casa rumbo a la oficina, media hora después, Amy se detuvo unos momentos sobre la banqueta. Fue como si el cauce de un río interior se hubiera detenido de pronto. Una presa, pensó, algo que retenía el volumen íntegro de su pasado en su interior. Presintió la muerte de nuevo. Sintió el escalofrío. Qué raro, pensó. No se escuchaba ningún ruido en la calle. Y, sin embargo, había coches en la autopista, había golondrinas en el cielo. Amy se guardó las llaves en la bolsa y dejó la basura en el bote a un costado de la casa. Pensó brevemente en los hijos que nunca iba a tener. No sabía por qué pensaba en esto con tal insistencia ahora. El mundo reanudaba su marcha. Los autos volvieron a pitar en las calles. La estela blanca de los aviones apuntaba hacia la ciudad. En el cielo azul no había ni una sola nube.

Amy pensó en Patrick, en su divorcio. Los papeles estarían en el juzgado esa semana, el juez daría la sentencia. Después de quince años de vida en pareja, una palabra podía doler tanto, una firma sobre un papel. Palabras que construían su realidad.

*